Signos Literarios, vol. XVI, no. 32, July-December, 2020, 130-135

José Bianco (2018), *Epistolario*, prólogos de Daniel Balderston y María Julia Rossi, epílogo de Eduardo Paz Leston, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Serie de los Dos Siglos, 452 p.

"Profusamente inolvidable": las palabras de Sylvia Molloy sobre "Pepe" Bianco en una nota publicada en su homenaje en 1986 resultan hoy igualmente oportunas para presentar este libro, que es el resultado de un proyecto de varios años, impulsado por el investigador norteamericano Daniel Balderston, y que consistió en reunir las cartas del escritor argentino con varios de sus corresponsales, a lo largo de más de medio siglo (*c.* 1933-1986). El *corpus* reunido no agota la producción epistolar de este infatigable creador de redes intelectuales y afectivas, y quien fue, en palabras de Balderston, "en cierto modo un corresponsal del siglo diecinueve, como esos escritores que admiraba tanto y cuyas correspondencias solía citar con picardía" (p. 14).

La figura de Bianco se asocia con su lugar en la revista *Sur* —a donde lo convoca Victoria Ocampo como jefe de redacción desde sus primeros tiempos, según lo confirma el pasaje en donde el argentino informa a James Irby lo siguiente: "El número 47 de *Sur*, el dedicado a Sarmiento [1938], ya está preparado por mí" (p. 309)—, y con su labor creadora de una breve obra narrativa con dos o tres piezas maestras que, a contrapelo de la "sombra terrible" de Borges, abre un camino de renovación en las letras argentinas, como afirma Piglia, siguiendo la línea de Henry James, Julián Green, E. M. Forster y Ford Madox Ford (p. 11).

En estas cartas aparece la figura de un hombre de letras: gran lector, comentarista lúcido, irónico y apasionado de los libros de su tiempo y de su idioma, pero también de las literaturas extranjeras, en especial la francesa y la inglesa —la traducción será una de las facetas de su actividad para *Sur*, Emecé, Sudamericana y Fabril Editora. Más adelante, en los años 1960, desde su lugar

de editor descubre las obras de escritores latinoamericanos que también serán sus amigos. En este campo, la relación con México ocupa un lugar especial en su epistolario por las cartas a Juan García Ponce, Carlos Fuentes, Alejandro Rossi y Enrique Krauze. Colaborador de Plural y posteriormente de Vuelta, comenta también los pedidos de escribir para la Revista de la Universidad de México, donde lo convoca "un joven Guillermo Sheridan" (p. 365).

El criterio de la recopilación, según informa la editora M. Julia Rossi, organiza las cartas por destinatarios, siguiendo un orden cronológico aproximado, pues algunas no tienen fecha exacta. Se agrega un apéndice con cartas en francés a Adrienne Monnier, Maurice Saillet y Franz Hellens; una breve selección del *Diario* que se conserva en el Archivo de Princeton, y, finalmente, un epílogo de Eduardo Paz Leston, quien fue muy cercano a Bianco y a su entorno. La asesoría de Paz Leston también es visible en las notas al pie, que no se limitan a aportar información objetiva, sino que agregan comentarios que completan y aclaran las alusiones deslizadas por el autor.

Entre los 37 corresponsales de las cartas en español, en algunos casos se publica sólo una carta (por ejemplo, a Enrique Larreta, a Ezequiel de Olaso y a Guillermo de Torre); en cambio, se ofrece una larga serie de cartas a los amigos (Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Silvina Ocampo, Juan José Hernández, Juan García Ponce, entre otros), donde se conversa sobre los temas más diversos, desde las cuestiones editoriales hasta los chismes del círculo más cercano (Mallea, Murena, Girri), pasando por el recuerdo de lugares y personas conocidas y añoradas ("Ayer estuve en lo de Bioy— le escribe a Elena Garro en 1951—. Seríamos veinte personas, pero me pareció que la casa estaba llena de gente y que entre esa gente estaban nuestros fantasmas de otra época") (p. 108).

En su *Nota a la edición*, M. Julia Rossi hace referencia a la costumbre de Bianco de incorporar, en un mismo sobre, cartas a varios destinatarios; tal es el caso, según dice, de sus frecuentes envíos a Octavio Paz (p. 31). Las referencias al poeta son recurrentes en las cartas, donde se mencionan encuentros, noticias aportadas por otros amigos y alusiones a sus nuevas obras; sin embargo,

esas cartas no figuran en este volumen, sin que se explique la causa —aunque podría atribuirse, como en casos análogos, a las dificultades para conseguir autorización de los herederos.

Cabe destacar, para los estudiosos de la obra de Bianco, la correspondencia que intercambia entre 1970 y 1973 con un joven investigador de la Universidad de Princeton, James Irby, quien le escribe pidiéndole una larga serie de referencias y aclaraciones para el libro que tiene en proceso. La minuciosa respuesta de Bianco a las once preguntas formuladas se convierte en una suerte de biografía, donde los datos precisos (corrige su fecha de nacimiento, que es 1910; además, habla de sus estudios "como medio pupilo en un colegio de curas" —el colegio del Salvador, operado por los jesuitas—, de su carrera trunca en la Facultad de Derecho, de su ingreso a la revista *Sur* y de su actividad como traductor) se exponen en medio de los recuerdos de su infancia, sus abuelos inmigrantes, la biblioteca paterna, el comentario y la valoración sobre su "ínfima obra literaria". Finalmente, Bianco le confiesa, como justificándose: "No crea que acostumbro escribir tan largo y hablando tanto de mí. Pero su carta me dejó halagado y avergonzado" (p. 317).

En el epílogo que cierra el volumen, desde la cercanía de una amistad de muchos años, Paz Leston narra con estilo coloquial, entre varios recuerdos, las anécdotas de los viajes de "Pepe" y sus vínculos con gran parte de la intelectualidad de su tiempo. Destaca "el afecto especial que tuvo por tres mujeres: María Rosa Oliver, Silvina Ocampo y Elena Garro". Las cartas para estas amigas dan cuenta de su interés inquieto y afectuoso por cada una de ellas. Con María Rosa, con quien comparte durante años el trabajo editorial en *Sur*, también intercambia confidencias y apreciaciones filosas sobre sus conocidos. Valga un ejemplo donde se refiere a dos hermanas escritoras hacia 1939:

> Las Grondona llegaron de París, muy encantadoras y al parecer, contentas. Como siempre, salvo unos rulos más en la cabeza, dispuestas a seguir haciendo grondonismo hasta quién sabe cuándo. De ellas sí puede decirse, como de los emigrados franceses, que nada han aprendido y nada han olvidado. (p. 50)

María Rosa será su anfitriona durante varios veranos en las playas argentinas, en la curiosa casa diseñada por el arquitecto Samuel Oliver ("la pagoda", según la denominan los amigos). Miradas en espejo: en su *Correspondencia*

(1960-1976) con Eugenio Guasta (2011, Editorial Sur), María Rosa narra con divertido afecto las manías de "Pepe" en su casa hospitalaria.

Con Silvina Ocampo, la amistad se traduce en elogios a su obra, en la libertad para amonestarla y corregirla, en la preocupación por su salud y en el afecto por los suyos ("Adolfito" —Bioy Casares—, su hija Marta, su primer nieto). Con Elena Garro, la amistad amorosa se vierte en el recuerdo de antiguos encuentros; en noticias cotidianas sobre los gatos que ella ha enviado a Buenos Aires, a casa del matrimonio Bioy Casares; en la preocupación por sus enfermedades y las de la Chata, por el alejamiento de Octavio, y por "las cosas absurdas" que dice: "¿Tienes la manía de las persecuciones?" (1973); y siempre en la admiración por su obra y el estímulo a escribir: "Termina de una vez por todas *Mariana*. Me regocija que hagas una cosa cruel porque saldrá una cosa cruel pero refulgente, con aristas por todos lados, como el sol" (p. 121).

Es conocido el episodio por el cual Bianco renuncia a *Sur* en 1961, a partir de su participación como jurado en Casa de las Américas, en los primeros años de una revolución cuyos logros el escritor describe con entusiasmo en cartas a sus amigos María Rosa Oliver y Juan José Hernández. Desde su lugar de directora, Victoria Ocampo considera que debe dar una declaración donde quede claro que se trata de una postura estrictamente personal, ya que, argumenta, no se viven *tiempos normales*, sino que "el mundo está revuelto y la confusión se crea con pasmosa velocidad" (nota p. 159). Ante su negativa, se le acepta de inmediato la renuncia (*Sur*, núm. 269, 1961). Para Bianco, este hecho constituye un episodio arbitrario y doloroso, como se evidencia en las cartas donde se afana por explicarlo en sus justos términos (*cfr.* las cartas a Germán Arciniegas, p. 197, y a James Irby, p. 312). La muerte de su madre, en 1965, será la ocasión para reanudar la amistad con Victoria, que se traduce, entre otras cosas, en el pedido que ella le dirige para que "seleccione y ordene los materiales para sus futuros Testimonios" (p. 159).

Bianco es testigo, protagonista y memorioso de una etapa especialmente fecunda de las editoriales argentinas. Estas cartas lo muestran siempre activo y ocupado en establecer vínculos entre sus corresponsales, ya sea para sugerir correcciones en sus obras —en el caso de sus amigas más cercanas, como Silvina Ocampo o Elena Garro—, ya para discutir con Victoria Ocampo sobre las dificultades de *Sur* —que contaba con poco personal y tenía exceso de trabajo, frente a lo cual reclama, muy a su pesar, según dice, un incremento

de su salario—. De este modo, las cartas se convierten, como señala M. Julia Rossi, en un documento de época, pues permiten asomarse a la *cocina* de la actividad editorial, a las tramas menos visibles de las grandes empresas culturales; también posibilitan observar los conflictos de un largo periodo atravesado por las tensiones del mundo de la política, que encuentran en el espacio de la letra impresa su caja de resonancia. La salida de *Sur* está determinada por la oposición de su directora a la Revolución cubana. De inmediato, Bianco será convocado a la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA) por su director, Boris Spivacow, y allí desarrollará una creativa labor que tiene, entre otras realizaciones, esa serie excepcional que fue la *Colección Genio y Figura*, "siguiendo el modelo de los libritos de las Éditions du Seuil" (p. 171). En 1966 la Universidad sufre la intervención de la dictadura militar de Onganía, lo cual provoca la renuncia de muchos maestros y de los directivos de EUDEBA; no obstante, de inmediato el siempre activo Spivacow crea el Centro Editorial de América Latina (CEAL), donde se retoman muchos de los proyectos que quedaran truncos por el golpe militar, y donde vuelven a reunirse los integrantes de EUDEBA.

En este recorrido, Bianco es un incansable diseñador de propuestas, recomendaciones y sugerencias. Especialmente, en el epistolario se registran sus cartas con convocatorias a importantes escritores de la época para que se hagan cargo de alguno de los títulos de *Genio y Figura*. A Carlos Fuentes le propone el volumen sobre Alfonso Reyes, mientras que a Vargas Llosa le sugiere Santos Chocano o José Eustasio Rivera. Ninguno de ellos va a cumplir con la tarea ofrecida. Vayan como ejemplo las cartas a Fuentes que incluyen sucesivos y cada vez más urgentes reclamos: "Y ahora, Reyes. Carlos: me lo reclaman urgentemente. ¿Cuándo me lo entregas?" (1961); "¿En qué está tu Alfonso? Apresúralo cuanto puedas, porque en Eudeba me lo reclaman, y con razón" (1962); "Y ahora, Reyes. Bueno, te concedo esa larga prórroga. Pero ¿lo harás? En ese caso, ¿cuándo lo tendría en mi poder? Estoy muy, pero muy preocupado. Aunque no lo parezca, este es un patético S.O.S." (1963), y finalmente: "Ya no sé si te acuerdas de este amigo que dejaste en Buenos Aires. Además de amigo, es un acreedor. Un acreedor benévolo que te concedió el plazo que le pedías para tu Alfonso Reyes. Contéstame, por favor: ¿en qué anda todo aquello?" (1964). Fuentes, según informa la nota al pie, no escribió ese libro; lo hizo Alicia Reyes muchos años más tarde (p. 171). Frente a la obra realizada —los más de 20 volúmenes de la colección,

Signos Literarios, vol. XVI, núm. 32, julio-diciembre, 2020, 130-135, ISSN: 1870-4050

dedicados a José Martí, Sor Juana Inés, Amado Nervo, Ricardo Güiraldes, Gabriela Mistral, Rubén Darío, entre otros—, queda en la trama oculta lo que *pudo ser* en el imaginario de su creador. Una realidad común a toda historia editorial —la distancia entre lo deseado y lo posible— queda visibilizada a través de estas cartas.

El *Epistolario* de José Bianco inaugura una sección en la Colección Serie de los Dos Siglos, dirigida por Sylvia Saitta y José Luis de Diego, de larga trayectoria en el campo editorial argentino. La Serie, que cuenta ya con un amplio catálogo donde las obras son precedidas por el estudio preliminar de un especialista, retoma un histórico proyecto de la EUDEBA de los años 1960: la Serie del Siglo y Medio, que puso al alcance de los lectores obras clásicas de las letras argentinas a bajo costo.

En una carta de 1972 dirigida a su amiga María Rosa Oliver, Bianco escribe:

> Cuánto me alegro de que termines el libro [*Mi fe es el hombre*]. Acordate, eso es lo importante. Todo lo demás viene por añadidura, como dice la Biblia. Pasamos, nos reemplazan otros seres, y el mundo se arregla o no se arregla. Pero, sea como fuera, y en la medida de nuestras modestísimas condiciones, algo dejamos.

Algo de lo mucho que nos dejó este escritor de obra breve y largas amistades nos llega en este libro publicado por la editorial argentina que continúa la línea de sus mejores tradiciones.

Margarita Pierini
ORCID.ORG/0000-0002-4023-0068
Universidad Nacional de Quilmes
mpierini@unq.edu.ar

D. R. © Margarita Pierini, Ciudad de México, enero-junio, 2020.